

el Cristo al género humano y á cada hombre en particular, para salvarlos; así también debe dar espiritualmente el Cristo á todos y á cada uno para que logren la santidad; conduciéndonos Ella de este modo á la vida de la gracia; educándonos, perfeccionándonos, santificándonos.

Así, pues, el ministerio señalado por Dios á María en su divino reino, y la relación de Ella con todos los que á él pertenecen por el santo bautismo, es la íntima, firme y delicada relación de una madre con su hijo, pero más profunda, más noble y más tierna todavía; porque es obra del Señor, y las obras del Señor sobrepujan infinitamente a las de la naturaleza en hermosura, verdad y pureza. Para con nosotros tiene, pues, el carácter de Madre común, de segunda Eva, según la gracia, que nos eduque para llegar á «la medida de la edad perfecta según la cual Cristo se ha de formar místicamente en nosotros (*Eph.* iv, 13);» ó sea para la virtud cristiana, para la perfección, para la santidad.

Llena María de esta divina actividad educadora nos la muestra la Iglesia en los Libros sagrados. ¡Cuán suavemente y con qué ternura tan maternal nos llama en los Proverbios (viii, 32-35): «Ahora pues, oh hijos, escuchadme: ¡Bienaventurados los que siguen mis caminos! Oíd mis documentos, y sed sabios, y no queráis desecharlos. Bienaventurado el hombre que me escucha, y que vela continuamente á las puertas de mi casa, y está de observación en los umbrales de ella. Quien me hallare hallará la vida, y alcanzará del Señor la salvación.»

Ya durante su vida mortal vemos á María entregada á esta actividad y celo maternales. ¿Dónde hallaron á Cristo los escogidos de Israel, los pastores y Ana y Simeón? ¿Dónde los Reyes Magos; los primeros creyentes de la gentilidad? ¿Dónde le encuentra el mundo? Sobre las rodillas de María. De la misma manera que en Belén, como Madre real de Cristo, se inclinaba María cabe el pesebre sobre el Divino Niño, dándole con su leche la vida; así debía, así era preciso, consiguientemente al plan divino, que como Madre del Cristo que había de continuar viviendo en su Iglesia, se arrodillase junto á la cuna de esta, en el Cenáculo, el día de Pentecostés. Sus virgínicos oraciones y sus méritos se derraman allí como el óleo de unción de los Profetas sobre la cabeza de los apóstoles, y aceleran el llameante descenso sobre ellos del Espíritu prometido por el Salvador; cuando con un pie en la tierra y otro en el mar, se disponían á realizar la obra colosal de asentar en toda la redondez del globo los eternos fundamentos del